

OPINIÓN 1-23

CAMBIAR DE MENTALIDAD

Agua y desarrollo

Colombia no ha sabido aprovechar la riqueza excepcional que posee.



ERNESTO GUHL NANNETTI*

Una de las situaciones más dramáticas e inminentes de la galopante e incierta crisis ambiental global es la carencia de agua. Se avizora un mundo sediento, marcado por

conflictos por el acceso al líquido vital y en el que las crecientes limitaciones en su disponibilidad son, cada vez más, un obstáculo tanto para superar la pobreza y lograr una vida digna para grandes grupos de población, como para el éxito de los procesos de desarrollo.

Colombia, por el contrario, debido a su posición cercana a la Línea Ecuatorial y a dos grandes océanos, posee un territorio fundamentalmente cálido y húmedo. En este panorama de calor y humedad, la Cordillera de los Andes introduce la gran variedad climática y ecosistémica y las fuertes lluvias que nos caracterizan.

Mientras que el promedio mundial de disponibilidad anual de agua per cápita para el 2005 era de 10.200 m³, el de Colombia era de 47.000 m³, es decir, 4 veces superior. Esta abundancia ha sido entendida tradicionalmente más como un problema que como una fortaleza. Durante parte del año nos quejamos por las lluvias y el resto porque no llueve.

El país no ha sabido aprovechar esta riqueza excepcional y, muy por el contrario, carece de capacidad para manejarla sosteniblemente y convertirla en un factor de progreso y desarrollo, entendiéndola como un bien público, que debe beneficiar a todos los colombianos, en especial a los más pobres.

A pesar de que existen zonas con más o menos agua en el territorio nacional, de todas maneras Colombia goza de una situación privilegiada en cuanto a su disponibilidad, lo que la convierte en una "Arabia Saudita del agua".

Los recursos con que cuenta el país para afrontar los retos y necesidades del siglo XXI y lograr un desarrollo sostenible que supere los modelos tradicionales depredadores, como la gran minería y la agroindustria de gran escala, son el agua y la biodiversidad.

Estos se ubican principalmente en los inmensos espacios aún no incorporados al desarrollo ni deteriorados por sus impactos, como ocurre en la parte "desarrollada" del país: la Región Andina y la Costa Caribe. En realidad, estos espacios no utilizados, conformados por la mayor parte de la Orinoquía y de la Amazonía, representan cerca del 70 por ciento de la extensión nacional, y eso sin contar los olvidados espacios marinos, que ocupan un espacio casi igual al continental.

En lo que respecta al agua como factor de desarrollo, puede pensarse en muchas formas de aprovecharla sosteniblemente; por ejemplo, con tecnologías de bajo impacto para aprovechar el gran potencial de generación hidroeléctrica; acuicultura en los grandes espacios de humedales con que cuenta el país en la Región Caribe en lugar de tratar de desecarlos para convertirlos en potreros; con ecoturismo basado en los valores estéticos y recreativos del agua, y, claro está, en la posibilidad de conservar las cuencas para exportar agua hacia países y regiones sedientas, como las islas del Caribe y partes de Centro y Norteamérica, para citar los más cercanos.

También es posible, siguiendo la tendencia mundial, convertirnos en proveedores de servicios ambientales de alcance planetario basados en la biodiversidad y el agua, como, por ejemplo, la generación de 'agua verde', cuya importancia para los ecosistemas y valor económico aumentan cada día en un mundo sediento y asediado por la crisis ambiental.

Naturalmente, este enfoque sobre la visión del agua como factor de desarrollo sostenible y de equidad plantea el reto de lograr un cambio de mentalidad y un proceso de transformación cultural que genere una nueva relación sociedad-naturaleza y un desarrollo del conocimiento y la tecnología, para aprovechar nuestra excepcional riqueza hídrica en beneficio de todos los colombianos.

* Director del Instituto Quinacci